



# Intérpretes Musulmanes del Yoga

Por Carl W. Ernst

## Introducción

Aunque no lo creas, el Yoga y el Islam han tenido una relación muy estrecha a lo largo de los siglos; de hecho, la relación entre ambas cosmovisiones/religiones es tan estrecha, que gran parte del conocimiento que tenemos hoy sobre el yoga proviene de textos escritos en persa por diferentes pensadores sufís, practicantes de la dimensión interna y el aspecto espiritual del Islam. Además, la relación que tuvieron ambas disciplinas permitió que ambas cosmovisiones se alimentaran de los conceptos y prácticas de las mismas. De esta forma, el Islam (a través del sufismo) influyó al Yoga, y el Yoga influyó al Islam.

Esta relación entre ambas cosmovisiones se dio gracias a la invasión del Imperio Mongol, y posteriormente del Imperio Mogol[1]. Desde el siglo XVI y hasta mediados del XIX, el imperio islámico Mogol ocupó gran parte del Subcontinente Indio, lo que permitió que los musulmanes conocieran la filosofía del Yoga, y se interesaran en los Siddhis, los poderes sobrenaturales que se adquieren al perfeccionar la práctica del yoga. En aquél entonces, un gran número de pensadores sufís se dedicaron a traducir textos budistas y de yoga al persa, para poder conservar y difundir la filosofía de la India y del Tibet. De hecho, los Upanishads llegaron a occidente gracias a las traducciones persas, que después fueron traducidas al latín.

Tomando en cuenta la relación entre los Musulmanes y los Yoguis, Carl W. Ernst, profesor de Estudios Islámicos en el Departamento de Estudios Religiosos de la Universidad de Carolina del Norte, realizó se dedicó a estudiar los texto yóguicos que fueron retomados y traducidos al persa por los pensadores sufís. A raíz de la investigación, escribió el ensayo Intérpretes Musulmanes del Yoga (Muslim Interpreters of Yoga), mismo que formó parte de los ensayos que fueron incluidos en el catálogo de la exposición Yoga The Art of Transformation, misma que fue realizada en el Museo Smithsonian y en la que participaron un gran número de académicxs e investigadorxs.

El catálogo fue realizado por Debra Diamond, invitando a varixs académicxs, entre lxs que se encuentran Tamara I. Sears, James Mallinson, Mark Singleton y Carl W. Ernst a escribir sobre el desarrollo del yoga, desde lo más tradicional hasta el yoga moderno. En este caso, la participación de Carl W. Ernst recorre la estrecha relación entre el Yoga y el Islam, enfocándose principalmente al interés que tuvo el Islam, y en especial los sufís, en la filosofía, la práctica y los poderes del yoga. Es un ensayo realmente interesante, pues nos permite entender el cómo es que las culturas empezaron a sincretizar entre ellas, permitiendo que cada una aprenda de la otra.

A continuación, podrás encontrar una traducción al español del ensayo Intérpretes Musulmanes del Yoga, de Carl W. Ernst. Si deseas leer el texto original, puedes comprar el catálogo impreso (únicamente con entrega en EE.UU.) a través de Amazon.

## Intérpretes Musulmanes de Yoga

Carl W. Ernst

El yoga es quizás la exportación india más exitosa en el mercado global de la espiritualidad. En términos de asociaciones religiosas, a menudo se yuxtapone con las tradiciones hindú y budista, aunque hoy en día también se presenta como una forma genérica o independiente de práctica espiritual o física. Debido a la forma en que se han desarrollado las políticas de identidad modernas en los últimos años, la mayoría de las personas pueden sorprenderse bastante al encontrar que el yoga está conectado con el Islam de alguna manera. Sin embargo, existe una larga y compleja historia de interés musulmán por el yoga, que se remonta a 1000 años atrás, hasta el famoso erudito al-Biruni (fallecido en 1048), quien no solo escribió un importante tratado árabe sobre las ciencias y la cultura de la India, sino que también tradujo una versión del Los Yoga Sutras de Patanjali al árabe.

A lo largo de los siglos, otras figuras musulmanas siguieron a al-Biruni en la búsqueda de comprender las enseñanzas filosóficas y místicas que se encuentran en la India. Dichos esfuerzos fueron parte de una larga tradición de compromiso intercultural que resultó en una amplia serie de traducciones de textos indios al idioma persa, la lingua franca del gobierno y la cultura en gran parte del Medio Oriente, Asia Central y el Sur de Asia. Este movimiento de traducción, que cubrió temas que van desde las artes y las ciencias hasta la política y la metafísica durante aproximadamente ocho siglos, es comparable en alcance y significado a la traducción de la filosofía y la ciencia griegas al árabe, o la traducción de textos budistas del sánscrito al chino y al árabe. tibetano.<sup>2</sup>

Junto con este amplio interés en la cultura india, hubo un enfoque más especializado en las prácticas meditativas y los poderes ocultos de los ascetas indios y los adeptos místicos conocidos como yoguis (o jogis, en la pronunciación del norte de la India). Una buena parte de este interés era muy práctico, y es obvio a partir de las crónicas reales y los relatos de los viajeros que varios musulmanes estaban intrigados por los beneficios que se encuentran en las prácticas milagrosas de los yoguis.<sup>3</sup> Esta fascinación es especialmente notable en el caso de gobernantes musulmanes en el sur de Asia; Al igual que otros reyes, siempre estaban ansiosos por cualquier tipo de conocimiento o poder especial (como la astrología, la magia o la medicina) que les diera una ventaja. Así, cuando el viajero norteafricano del siglo XIV Ibn Battuta estuvo en Delhi, observó al sultán Muhammad ibn Tughluq entrevistando a un yogui que estaba demostrando con éxito su habilidad para levitar en el aire. De manera similar, el emperador mogol Jahangir se reunía regularmente con el asceta hindú Gosain Jadrup, como se describe en sus memorias (fig. 1). Dado que las narraciones sobre los asombrosos poderes de los yoguis impregnaron gran parte de la literatura popular de la India, no sorprende que los musulmanes del sur de Asia estuvieran familiarizados y buscaran un mayor conocimiento de esta tradición. Es justo decir que el interés de los musulmanes por el yoga varió desde la búsqueda del conocimiento filosófico hasta el compromiso con las prácticas espirituales y el simple deseo de poderes ocultos. Los ascetas indios fueron asimilados al modelo del faquir o derviche musulmán. Fueron etiquetados con esos términos persas y aparecían con frecuencia en historias mogoles ilustradas, traducciones al persa de textos sánscritos y pinturas de álbumes.

En el aspecto filosófico, el marco principal para comprender las religiones indias fue la forma ishraqi de pensamiento neoplatónico conocida como iluminacionismo, desarrollada por el pensador persa Suhrawardi (fallecido en 1191). En esta formulación, los grados de ser que emanan de la fuente divina del cosmos se identifican como manifestaciones de luz más o menos intensas. Al mismo tiempo, siguiendo la teoría filosófica de la profecía articulada por los filósofos Farabi e Ibn Sina, las religiones se consideraban explicaciones simbólicas de verdades filosóficas en formas que las masas sin educación podían comprender. Desde esta perspectiva, no era difícil ver las enseñanzas yóguicas o vedánticas como un ejemplo más de la adaptación de la filosofía a las tradiciones locales. Hay bastantes indicios de la popularidad de la filosofía iluminacionista entre los intelectuales de la India mogol, algunos de los cuales de hecho especularon sobre el pensamiento y la práctica religiosos indios.<sup>4</sup> Algunos textos vedánticos fueron bastante populares en las traducciones persas, particularmente el Yoga Vasishta, una copia de que cuenta con una importante serie de ilustraciones (fig. 2).

Desde la perspectiva del sufismo (misticismo islámico), el yoga también era un tema que valía la pena explorar. Estas dos tradiciones a menudo se han unido en una consideración de misticismo comparativo, y muchos eruditos han asumido que el sufismo debe haberse derivado del yoga de una forma u otra. Propuesta por primera vez a fines del siglo XVIII por los primeros orientalistas, comenzando con Sir William Jones, esta teoría se basaba en una profunda convicción de que todas las doctrinas orientales son, en última instancia, iguales, junto con la suposición axiomática de que el Islam era una religión dura y legalista incompatible con la espiritualidad. De hecho, es imposible hacer un caso histórico convincente de que el sufismo de alguna manera se originó en fuentes indias; El misticismo islámico es en realidad islámico, y tomó forma principalmente en Bagdad y Khorasan antes de llegar a la India alrededor del siglo XI o XII.<sup>6</sup> Sin embargo, por una curiosa coincidencia, justo cuando llegaron los sufíes, los ascetas que practicaban hatha yoga asumieron nuevos roles de dramática importancia en el teatro de las religiones indias. Debido a que esos yoguis se habían sometido a la muerte ritual y no estaban sujetos a las restricciones de pureza del hinduismo de casta superior, eran libres de visitar las cocinas abiertas que los maestros sufíes solían mantener en sus retiros en la India, al igual que los "serai caritativos". representado en el romance hindi sufí Mrigavati (fig. 3). Por ello, desde fecha temprana disponemos de numerosos ejemplos de conversaciones y reflexiones sobre el yoga en los escritos de los sufíes indios. A veces, esto se limita a la observación de que el control de la respiración es un complemento útil de la meditación. Pero en otros casos, es obvio que los sufíes prestaron mucha atención a enseñanzas yóguicas más sofisticadas que involucraban la fisiología sutil de los chakras y el poder de los mantras, que posiblemente eran bastante similares a los centros sutiles (lata'if) de la meditación sufí y el zikr. fórmulas que consisten en los nombres árabes de Dios. De hecho, a uno de los sufíes más importantes, Mu`in al-Din Chishti (fallecido en 1236), fundador de la orden chishti sufí en la India, se le atribuye la autoría de un texto persa de amplia circulación sobre el yoga y la meditación, conocido como el Tratado sobre el ser humano o Tratado sobre la naturaleza del yoga, entre otros títulos. Existe cierta duda sobre la autoría del texto, ya que ninguno de los manuscritos es anterior al siglo XVII, y los sucesores de Mu`in al-Din sostuvieron que no escribió ningún libro de ningún tipo. Sin embargo, la popularidad de este trabajo en los círculos sufíes y su asociación con las experiencias espirituales supremas de una figura fundadora del sufismo indio reforzó la noción de que el yoga en algunos aspectos era fundamentalmente compatible con el sufismo, o al menos podría interpretarse de esa manera. .

El primer texto persa importante dedicado al tema del yoga fue compuesto por un autor anónimo en el siglo XIV, con el título en hindi, Los cincuenta versos de Kamarupa (Kamaru panchasika).<sup>8</sup> El título alude a Kamarupa (el reino de Assam en el noreste de India), tradicionalmente considerada fuente de magia y prodigios; también invoca la autoridad bíblica de una manera bastante misteriosa. La fecha del texto y su amplia circulación se establecen por la aparición de un extracto en una importante enciclopedia persa compilada en Shiraz por Sharaf al-Din Amuli (fallecido en 1353). Apareciendo en la categoría de ciencias naturales, las secciones citadas trataban sobre el control de la respiración para predecir el futuro y las prácticas meditativas que involucran los chakras.

El viajero italiano Pietro della Valle adquirió una versión completa del texto (ahora conservada en la Biblioteca del Vaticano) mientras viajaba por el sur de Persia en 1622; el hecho de que obtuviera este manuscrito de un grupo de intelectuales persas provinciales indica que todavía era popular fuera de la India. Este texto más completo revela, además del material sobre el control de la respiración y las meditaciones de los chakras, extensas prácticas que involucran la convocatoria de sesenta y cuatro yoguinis, a quienes el traductor se refiere como “seres espirituales” (ruhaniyat). Se otorga especial protagonismo a la diosa Kamak Devi (sánscrito: Kamakhya), a quien se asoció en varios textos indoislámicos con el simbolismo del plátano y la cueva, que aparecen en una pintura de una yogini de la corte de Bijapur (fig. 4). Si bien la tradición de la fisiología yóguica está presente en el texto hasta cierto punto, la principal preocupación es el beneficio práctico que se obtiene al convocar a las yoginis mediante el uso de poderosos mantras que pueden brindarle al practicante lo que desee. El traductor sostiene que tradujo este material del libro más famoso de los hindúes (aunque no parece haber rastro de él en ningún idioma indio), e intenta usar el lenguaje de la erudición literaria islámica (y otros toques islamistas) para dar credibilidad a lo que parecen ser enseñanzas orales. Los términos clave que utiliza para describir estas prácticas son “imaginación mágica” (árabe: wahm) y “disciplina ascética” (persa: riyazat); el último término es el equivalente persa habitual de yoga (jog).<sup>10</sup> Della Valle afirmó haber empleado las prácticas descritas en el texto con cierto éxito y anunció su intención de traducirlo al italiano, aunque parece que nunca logró esa tarea. .

Pero, con mucho, la obra más importante sobre yoga de un autor musulmán es un texto árabe conocido por varios títulos diferentes: El espejo de los significados para la comprensión del mundo humano; Medicina Hágalo Usted Mismo; y, más comúnmente, El Estanque del Agua de la Vida (Hawd ma' al-hayat, a menudo abreviado como Hawd al-hayat o El Estanque de la Vida). Este texto popular, compuesto por un autor anónimo, afirma haberse originado en el momento de transición cuando los ejércitos turcos conquistaron los límites orientales de Bengala en 1212. Se trata ostensiblemente de una traducción de una famosa obra en sánscrito conocida como Amritakunda o El estanque de néctar (aunque aquí tampoco hay rastro de tal texto original).

La historia posterior de The Pool of Nectar es compleja. Hay dos versiones diferentes de la traducción árabe, una que contiene más material índico y la otra que demuestra un grado notable de islamización. El texto árabe se tradujo dos veces al turco otomano y fue popular entre los miembros de la orden Mevlevi (los derviches giradores) en Estambul a finales del siglo XIX. Muchas copias de manuscritos en las bibliotecas de Estambul se atribuyen erróneamente al famoso maestro sufí andaluz Ibn `Arabi (fallecido en 1240), aunque otras copias simplemente se clasifican como magia india. El siguiente gran paso en la transmisión de estas enseñanzas tuvo lugar en la

India del siglo XVI, cuando el célebre maestro sufí de la orden Shattari, Muhammad Ghawth Gwaliyari (fallecido en 1563), tradujo la versión árabe de El estanque de néctar al persa, bajo el título El océano de la vida (Bahr al-hayat).<sup>12</sup> Esta versión ampliada y revisada probablemente se basó en comunicaciones orales de yoguis contemporáneos, y también hay indicios de que se basó en una versión árabe anterior al texto que poseemos actualmente. Varias copias de la traducción persa están profusamente ilustradas, con veintiuna pinturas que representan posturas yóguicas; a modo de comparación, el texto persa de este capítulo es cuatro veces más largo que el original árabe, que solo describe cinco posturas.<sup>13</sup> Conocidas como asanas en las tradiciones yóguicas, estas posturas reciben el nombre de dos términos unidos, el hindi shabda (“palabra”) y el persa dhikr (“recuerdo”), en la traducción persa, lo que sugiere que los cantos de mantra en lugar de las posturas físicas son el elemento clave. Pero por conveniencia, continuaré refiriéndome a ellas como posturas. (La copia ilustrada más antigua, en la colección de Chester Beatty, está finamente realizada, mientras que los manuscritos posteriores exhiben un estilo mucho más simple; ver fig. 5).

El estudio minucioso de media docena de manuscritos del cuarto capítulo de El océano de la vida, donde se encuentran las ilustraciones, exige algunas observaciones nuevas.<sup>14</sup> Hay importantes discrepancias verbales e incluso lagunas en los manuscritos; falta un folio completo del manuscrito de Chester Beatty después del folio 22.<sup>15</sup> Esta brecha ha oscurecido el hecho de que el texto en realidad describe veintidós posturas, no las veintiuna que se anunciaron, lo que sugiere la posibilidad de que haya habido otra ilustración (por la posición bodhak, cuya descripción también falta). Más allá de eso, hay amplias variaciones en los nombres de estas prácticas entre los manuscritos (lo cual es demasiado predecible en las transcripciones de los escribas de términos técnicos difíciles). Incluso cuando las discrepancias pueden aclararse ocasionalmente mediante términos escritos en escritura devanagari (como se encuentra en India Office, Ethé 2002), los nombres de las posiciones en El océano de la vida a menudo difieren significativamente de los nombres de las mismas posturas yóguicas que se encuentran en textos sánscritos posteriores sobre hatha yoga, y las descripciones en persa frecuentemente brindan detalles que de otro modo no estarían disponibles. En otras palabras, el texto de El océano de la vida proporciona una valiosa documentación histórica sobre las prácticas y la terminología yóguicas que es un complemento importante de la tradición sánscrita.

Las últimas fuentes persas importantes que se consideraron para documentar la práctica y la representación del yoga no fueron escritas por autores musulmanes, sino por munshis (secretarios) hindúes que trabajaban en la administración del Imperio mogol y, más tarde, para los británicos. Profundamente inmersos en la cultura islámica y persa de la época, estos eruditos hindúes contribuyeron a la literatura del diccionario geográfico modelada en A'in-i Akbari por el ministro mogol Abu'l Fazl, proporcionando no solo estadísticas de ingresos para las provincias del imperio, sino también información sobre las costumbres y creencias de los grupos religiosos indios. Desde mediados del siglo XVIII hasta aproximadamente 1830, cuando el persa era el idioma de la administración colonial, los funcionarios británicos encargaron a un número considerable de eruditos hindúes que escribieran tratados en persa sobre las religiones de la India. Varias de estas composiciones anglo-persas incluían representaciones de yoguis y ascetas al estilo de la Compañía, proporcionando una especie de guía de campo para la identificación de estos grupos. Dos ejemplos notables son The Chain of Yogis (Silsila-i jugiyan), compuesta por Sital Singh en 1800, y

The Gardens of Religions (Riyaz al-mazahib), escrita por un brahmán llamado Mathuranath y encargada por John Glyn en 1812 como guía a las religiones de Varanasi. La historia y el carácter de las representaciones de los yoguis aún no se han explorado por completo, pero es seguro decir que estos últimos textos persas conectaron la comprensión mogol de las religiones indias con las categorías religiosas coloniales promulgadas por el censo, los tribunales y la erudición orientalista.

La larga historia de interés musulmán en la filosofía y la práctica del yoga es un correctivo útil para las anteojeras que a menudo ponemos en la comprensión de la religión hoy en día, que con frecuencia se define en términos puramente bíblicos sin referencia a la historia y la sociología. Las oposiciones ideológicas actuales entre el Islam y el hinduismo, que están fuertemente sustentadas por agendas nacionalistas, no dejan espacio para comprender los compromisos interculturales que han tenido lugar a través de las líneas religiosas a lo largo de los siglos. La transmisión del yoga, en árabe, persa, turco y urdu, y a través de imágenes, es un recordatorio importante de que la historia de las religiones indias debe tener en cuenta una amplia gama de fuentes, incluidos los intérpretes musulmanes que estaban tan fascinados por el yoga.